

Fig. n.º 6.- *Picasso y Arias, Pasión por los toros*, Catálogo de Exposición, Comisario: Carlos Abella, Plaza de Toros de Las Ventas, Madrid, Feria de San Isidro 2010.

En este número de la *Revista de Estudios Taurinos* voy a reseñar dos exposiciones que se han realizado en la Plaza de Toros de Las Ventas con motivo de la Feria de San Isidro. Como recuerda Esperanza Aguirre, presidenta de la Comunidad Autónoma de Madrid, en las páginas de presentación de *Picasso y Arias*, en la Plaza de Las Ventas no sólo se dan corridas de toros, de novillos y de rejones sino que, de acuerdo con una política cultural cuidada, se dan cita exposiciones de pintura, escultura y fotografía taurinas que, en la mayoría de las

ocasiones, son homenajes a diestros ya retirados pero que actuaron con un éxito que vale la pena conmemorar en esta Plaza. Se trata de impulsar muestras que sirvan para estimular el recuerdo de los aficionados. De modo que si en el 2009 el Centro de Asuntos Taurinos dispuso, en colaboración con la Real Maestranza de Caballería de Ronda, exponer una muestra de fotografías de Antonio Ordóñez, en el 2010 se ha hecho otra de Curro Romero.

Entre los pintores que Las Ventas acoge no podía faltar Picasso, artista que se considera, junto con Goya, el máximo exponente de la plástica taurina. La exposición de este año, *Picasso y Arias. Pasión por los Toros*, comisariada por Carlos Abella —entonces miembro del Consejo Asesor del Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid y hoy director-gerente de la Plaza de las Ventas—, muestra una selección de los dibujos, estampas, carteles, esculturas, objetos y fotografías que reunió Eugenio Arias en los años en que mantuvo amistad con Picasso. Eugenio Arias, exiliado español en Francia, abrió una peluquería en un pequeño y pintoresco pueblo de la Provenza llamado Villauris que era, a su vez, centro de reunión de numerosos exiliados españoles. Entre esos exiliados pronto se encontró Pablo Picasso, que se había trasladado a vivir a Villauris interesado por sus alfarerías. Arias lo afeitaba gratis mientras que Picasso le correspondía regalándole dibujos, grabados, cerámicas, carteles, fotografías y otros objetos rescatados para el Arte por el célebre pintor.

Años después Arias, retornado a España gracias al restablecimiento de la democracia, quiso poner a disposición de los españoles su interesante colección y cedió parte de ella a su pueblo natal, Buitrago de Lozoya. Según Ignacio González, vicepresidente y consejero de Cultura de la Comunidad, Arias en 1982 cedió a la Diputación de Madrid una parte de su colección y la Comunidad de Madrid, en 1985, pudo hacer realidad el deseo de Arias inaugurando en Buitrago el Museo Picasso-Colección Arias.

Esta colección, a la que pudieron añadirse algunas piezas cedidas por Pablo Arias, hijo del generoso barbero, es la que Abella tuvo la buena idea de llevar hasta la Plaza de las Ventas, lo que ha permitido que varias decenas de miles de aficionados pudieran contemplarla. Sin duda, de todas las exposiciones que he visto de Picasso, ésta es la más *taurina*, ya que la inmensa mayoría de sus piezas está relacionada con una de las épocas de

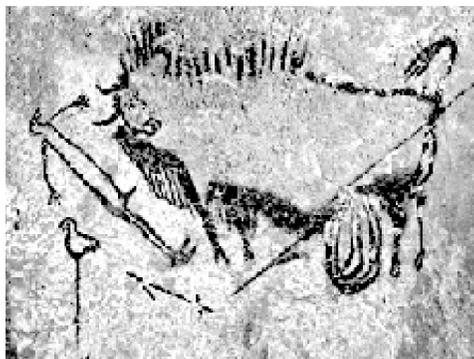


Fig. n.º 7.- *El matador muerto junto a su arma en el suelo; el bóvido eviscerado anuncia su muerte. Cueva de Lascaux (Dordoña, Francia).*

mayor afición de Picasso, pues en Provenza pudo, de una parte, acudir a muchísimas de las corridas de toros de muerte que se celebraban en Nîmes, Arles, Beaucaire, Villauris, etc. —de las que la Exposición muestra fotografías y carteles— y, de otra, tratar a los más famosos matadores de la época que acudían a esas plazas —en especial a Luis Miguel *Dominguín*—, relación de la que la Exposición guarda piezas y documentos que lo atestiguan, y, más allá, rescatar la Fiesta de Toros del monopolio franquista al que parecía completamente adherida.

Villauris tendrá para Picasso una importancia clave en el desarrollo de su obra pues ahí se encontró con unos alfareros de calidad excepcional –en especial los que trabajaban en la alfarería Madoura– que le permitieron desarrollar su interés por la cerámica, un arte con el que lograba, en primer lugar, investigar e identificar los elementos constantes de su obra a fin de seriarla y, en virtud de ello, producirlas a bajo coste, condición esencial para hacer llegar su arte a capas cada vez más amplias de la



Fig. n.º 8.- Picasso: *El torero muerto*, 1957, cerámica pintada, 23,5 cm. de diámetro, fabricado en Madoura (Cat. Pág. 24).

sociedad. Pero, en esta época, Picasso tampoco va a ser indiferente a su fondo, puesto que dotará a su obra con nuevas significaciones que están, algunas, relacionadas con descubrimientos arqueológicos de gran trascendencia acaecidos en la cercana Dordoña, el hallazgo de la cueva de Lascaux, la capilla sixtina del toro primordial. En el plato cerámico que aquí se reproduce, Picasso se inspira en la misteriosa pintura parietal encontrada en las profundidades oscuras del pozo de Lascaux. Con ello,

Picasso, no sólo incorpora lo más arcaico a su arte más moderno sino que se sitúa, con el historiador de las religiones Georges Bataille y junto a otros intelectuales aficionados a la Tauromaquia, a favor de un arte en ese momento puesto en duda por los especialistas de arte que lo consideraban falso. Picasso se entrega a una defensa apasionada de la pintura rupestre, que integrará plenamente en su obra, de la que esta Exposición –como he escrito– frece un testimonio excepcional.

Pedro Romero de Solís
Fundación de Estudios Taurinos

